

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, MARZO 1º DE 1875.

{ NUM. 79.

La actividad del espíritu prolonga la vida.

(POR VÍCTOR CHAMPIER.)

(Concluye.)

La vida de Voltaire es bajo este punto de vista aun mas extraordinaria. Nació débil y delicado y conservó toda su vida aquel sello primitivo de su organizacion. El mismo se admira de existir, asegurando que habia vivido muriendo. Con la edad, se hizo su temperamento bilioso, seco, ardiente, volcánico; tomó poco á poco aquel carácter violento, causa de sus arrebatos é impaciencias. A los 29 años fué atacado de una maligna viruela. Otros males, como una afeccion escorbútica que le hizo perder desde muy jóven todos los dientes, erisipelas, oftalmías, etc., etc., destruian continuamente su salud y le hacían decir: « Cuando compongo, ya tomo á dos manos mi vientre, ya tomo mi pluma. » A pesar de tantos dolores, Voltaire parecia dotado de una extraordinaria fuerza vital; á los 80 años de su edad, escribió en dos dias *Les filles de Minée*, y dos años mas tarde, su tragedia *Irène*. Agobiado de enfermedades, no cesaba de trabajar.

No sin pena consiguió fortalecer su espíritu hasta el grado de poder componer, en medio de los mas crueles sufrimientos. Segun su expresion, *construía diariamente su cuerpo*. Jóven ó viejo, en su casa, ó sentado á la mesa de los reyes, jamás se apartó de la mas estricta moderacion. Habiéndole perjudicado el abuso del café, le substituyó el chocolate. Cuando un trabajo le fatigaba, descansaba entregándose á otro. Tenia en su gabinete cinco papeleros en que habia cinco trabajos comenzados. Cuando no se sentia dispuesto á escribir, se transformaba en arquitecto, ingeniero, horticultor ó viñador. Durante la vejez redobló sus cuidados. En todos tiempos se encendia su chimenea y se abrigaba con excelentes pieles de Rusia.

Durante el rigor de los inviernos, tomó el partido de no salir de su casa, y aun solia permanecer en el lecho hasta las cinco ó las seis de la tarde. Su lecho, extremadamente aseado, estaba cubierto de libros; cerca de él se veia una elegante mesa con escribanía, y siempre habia sobre ella agua fresca, café con leche, ó chocolate. Gracias á estos cuidados, pudo durante 84 años llenar el mundo con el ruido de su nombre y con el soplo fecundo de su potente inteligencia.

Despues de comprobar por la estadística y los he-

chos, que los sábios, los pensadores, los escritores, en una palabra, todos los que cultivan sus facultades intelectuales tienen mas que nadie la probabilidad de prolongar su vida, nos resta hacer una observacion aun mas notable: la longevidad es proporcional al trabajo intelectual del individuo. De una estadística hecha por Casper, sobre los hombres que se dedican á las carreras liberales, resulta que viven mas los que se entregan á aquellas profesiones que exigen mayor esfuerzo y mas vehemencia de espíritu.

Sin duda que muchos escritores ilustres han muerto jóvenes; pero su fin prematuro, en nada contradice los hechos que hemos citado y los cálculos que hemos reproducido. ¡Cuántos de ellos no han abusado de sus fuerzas, sin poner freno alguno á sus trabajos! Para estimular el cerebro, han recurrido muchos de entre ellos á medios físicos, que á la larga les han costado la vida. El café, el vino, los licores alcohólicos, el tabaco, aun el ópio, se han usado como excitantes. Los poetas han lanzado sus anatemas sobre los pálidos bebedores de agüditos por Apolo. « Si el pensamiento, dice S es lento en venir, un vaso de buen vino la, y una vez que ha venido, un vaso de lo recompensa. » Y Hoffman tambien

«.....No es que entónces se conciban mas sublimes pensamientos; pero estoy tentado á comparar este estado á una rueda de molino movida con mas violencia cuanto mas caudalosa es la corriente que la impulsa; así tambien las olas del vino hacen girar con rapidez las ruedas interiores de la inteligencia.»
¿Quién no recuerda las palabras pronunciadas por Balzac al lanzar su último aliento? «Me muero, dijo, de veinticinco mil tazas de café.»

Lo repetimos; el ejercicio incesante de la inteligencia, prolonga la duracion de la vida léjos de abreviarla. Los numerosos ejemplos que hemos presentado hacen ver al lector que este fenómeno no tiene por causa un modo determinado de vivir, pensar ó componer. Los unos han trabajado de esta, los otros de aquella manera. Es al trabajo, solo á él, á lo que han debido su larga existencia. Sin pretender explicar los difíciles secretos de la naturaleza, ¿no es probable, por lo que toca á la asociacion entre el pensamiento y el organismo del hombre, que el trabajo concluya por dar á aquel la preponderancia sobre éste? El uno manda como señor, el otro sirve; por decirlo así, cada partícula de materia está animada por un soplo de espíritu que le comunica su fuerza y su vida. Hemos visto á Voltaire agobiado de años y enfermedad, conservar su gastado cuerpo y el dominio sobre sí mismo. No era mas que un espíritu viviente, con los vestigios de una forma exterior y material. Su inteligencia estaba tanto ó mas viva en la vejez, que á los 20 años de edad.

Se me dirá tal vez que lo que cito son excepciones. No, lo que hay aquí de excepcional, es el talento, gran regulador de las fuerzas secretas y de los tesoros ocultos del alma.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

CIRO.

Ciro, que fué despues el célebre rey de Persia, apenas tenia doce años, cuando ya se habia adquirido una gran reputacion de talento y de firmeza de carácter. Bien lo acreditó cuando llevado por su madre Mandane á la corte de Astiages, su abuelo y rey de los medos, supo en medio del fausto y magnificencia de dicha corte, conservar toda la austeridad que entónces caracterizaba á las costumbres de la Persia. Fiel á la enseñanza que en su país habia recibido desde pequeño, se manifestaba siempre afable con todos; y aunque ciertas cosas evidentemente le desagradaban, se guardaba muy bien de criticarlas. Esta conducta y sus modales nobles, sin ser despóticos, le ganaron el aprecio y la confianza de todos, mucho mas cuando él era el que solicitaba cualquier favor que hubiese que pedir al soberano, y aun el que intercedia con él, cuando estaba airado con alguno de sus súbditos.

Astiages, cada vez mas prendado de la viveza de su nieto y de la agudeza de sus respuestas, quiso fijarle definitivamente á su lado, y para deslumbrarle con el atractivo de la corte, no omitia medio ni fiesta de ninguna especie. Un dia en que se hallaba dispuesto un suntuoso convite, Ciro miraba con la mayor indiferencia aquella variedad de manjares, tan notables por su delicadeza como por su cantidad, por lo que maravillado Astiages le preguntó la causa.

—Los persas, contestó Ciro, en lugar de tantos preparativos y tantos rodeos para aplacar el hambre, consiguen mas pronto este objeto con un frugal alimento sazonado por un buen apetito.

El abuelo entónces le dijo que por lo ménos dispusiese á su gusto de todos aquellos manjares que miraba con tanta indiferencia, y él los fué distribuyendo á todos los empleados oficiales de palacio que se hallaban presentes, distinguiendo á los mas dignos, y exceptuando únicamente al copero del rey, al que hizo el solemne desaire de dejarle con las manos vacías. Admirado Astiages exclamó:

—¿Así tratas á Sachas, mi buen copero, que me sirve con tanta destreza?

—Si no tiene mas habilidad que esa, contestó Ciro, yo soy capaz de hacerlo mejor que él.

Como se dudase de la verdad de estas palabras, Ciro se levantó con gravedad, se echó la servilleta al hombro, y cogiendo delicadamente la copa con solos tres dedos, se adelantó gravemente hácia el mornaca y le presentó la copa con todo el ceremonial de costumbre.

—Perfectamente, amigo mio, exclamó Astiages: no se puede hacer mejor; pero veo que has olvidado un requisito esencial: la ceremonia de la prueba.

Acostumbraba efectivamente el copero ántes de servir al monarca, verter algunas gotas de licor en la palma de la mano izquierda y probarlas.

—No me he olvidado de la ceremonia, replicó Ciro, sino que no he querido hacerla.

—¿Pues y por qué?

—Por miedo de que ese licor tuviese veneno.

—¡Veneno! ¿Cómo sospechas semejante cosa?

—Porque en el último convite que dísteis á los señores de la corte, apenas se bebió un poco de este licor, á todos se les trastornó la cabeza. Unos hablaban sin saber lo que se decían, otros cantaban y otros no podían tenerse. En fin, ellos habian olvidado que eran vuestros súbditos, y vos que érais el rey.

—¿Pues qué, no sucede lo mismo en casa de tu padre?

—Nunca, jamás: allí lo que sucede es que despues que se ha bebido, ya nadie tiene sed.

MECIO.

Los hijos de un anteojero de Middelbourg, en Holanda, hallábanse en la tienda donde trabajaba su padre, el que para que estuviesen entretenidos y no le distrajesen en su ocupacion, les habia dado algunos vidrios de varias formas y tamaños con que jugasen. Un grito de sorpresa y alegría que dió uno de los niños, llamó la atencion del padre, y ya iba á preguntarle el motivo, cuando oyó que el muchacho decia á su hermanito:

—¿Ves la torre de la catedral que se distingue allá abajo, al fin de la calle?

—Sí que la veo.

—Pues ahora la vas á ver aquí á la puerta de casa.

Y diciendo y haciendo, colocó delante de los ojos de su hermano dos vidrios, acercándolos gradualmente para acortar la distancia, hasta que el muchacho exclamó:

—¡Ah!..... sí: ahora sí que la veo. Papá, venga vd., verá vd. qué bonito!

Acercóse el padre, á quien habia llamado mucho la atencion esta escena de los niños, y vió que su hijo ponía delante del ojo un vidrio cóncavo ó ahuecado, y luego á cierta distancia el convexo, que aproximaba ó acercaba con la mano hasta encontrar la visual. Tomó el padre los vidrios, los colocó del mismo modo, y no habia duda, aumentaban y atraian poderosamente los objetos. La torre de la iglesia, que tan lejana y confusa parecia á simple vista, se presentaba al través de los vidrios, mucho mayor y mas cerca, y con claridad tal, que hacia perceptibles hasta los menores detalles de arquitectura. Desde luego conoció el padre la importancia de este descubrimiento, y la satisfaccion que por ello tuvo fué mayor, porque era debido á uno de sus hijos. Y como los descubrimientos se van mejorando progresivamente, de aquí provino que el padre discurrió el fijar los cristales de aumento en unos tubos movibles, que engastados uno dentro de otro, se pudiese llevar dentro del bolsillo, resultando de aquí los anteojos llamados de *larga vista*. Todavía estos ensayos hechos en 1607 estaban muy léjos de acercarse á la perfeccion que hoy dia tiene esta clase de anteojos, despues que han sido perfeccionados por Kepler y otros físicos.

Además de los anteojos comunes, cuyos vidrios tienen el grado de convexidad que requiere el estado de la vista del que los ha de usar, y además de los anteojos de larga vista cuyo origen se acaba de referir, hay todavía:

El *anteojo de noche*, inventado por los ingleses para descubrir de noche las embarcaciones que se

acercan á la costa. En este anteojo los objetos se pintan al revés.

El *anteojo de rio* para sondear y examinar el fondo de los rios. Este anteojo es un tubo muy largo y de figura cónica, cerrado por cristales, siendo la parte mas ancha la que se ha de sumergir debajo del agua.

Pero la mas importante aplicacion del descubrimiento del hijo de Jacobo Mecio, ha sido la invencion del *telescopio*, cuya poderosa fuerza hace que nos sean perceptibles astros situados á una distancia prodigiosa, y que la simple vista era incapaz de distinguir.

Ese poder mágico que atrae los objetos, fué descubierta por un niño, y el que la Providencia habia destinado para encontrarle, fué el hijo del anteojero Jacobo Mecio.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPÍTULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION TERCERA.

De la oportunidad de las visitas.

[Concluye.]

XXII

Una señora á cuya noticia llega el regreso de un caballero amigo suyo, de un viaje para el cual se despidió de ella, puede felicitarle por tarjeta, aun cuando él no la haya visitado todavía, ni la haya hecho la participacion que se indica en el párrafo XX, si el caballero vive solo, ó ella no tiene amistad con su familia.

XXIII

Las visitas de sentimiento se hacen desde que se tiene noticia de los accidentes que las ocasionan, y se repiten, segun el grado de amistad que medie, durante el tiempo en que las personas que las reciben están sufriendo.

XIV

Las visitas de pésame se hacen en un período que no excede de treinta dias, el cual empieza á contarse al siguiente de la inhumacion del cadáver, ó á los dos de haber llegado la noticia de la muerte cuando ésta ha acaecido en otro punto, aunque jamás en el dia en que se celebren las exequias.

XXV

Las visitas de despedida se hacen y se pagan en los dias próximos al viaje que va á emprenderse.

XXVI

Las visitas de agradecimiento siguen siempre inmediatamente al servicio ó demostracion que les dá origen.

XXVII

Las visitas de amistad pueden hacerse en cualquiera oportunidad y en cualquier dia, atendidas las restricciones que aquí se establecen, y las demás que indique la prudencia en las diferentes circunstancias de la vida social. Estas visitas se hacen, entre personas que se tratan con íntima confianza y que están bien seguras de su recíproco afecto, sin llevar ninguna cuenta para haber de corresponderlas, y no teniendo otra cosa en consideracion que la posibilidad de repetir las y el placer con que sean recibidas. Pero siempre que una persona note en otra una omision premeditada y sistemática, deberá abstenerse por su parte de visitarla con frecuencia, y limitarse á pagarle sus visitas; sin echar aquella omision á mala parte cuando no esté acompañada de verdaderas señales de desafecto, pues ella no re-

conoce generalmente sino causas domésticas y de todo punto inofensivas.

XXVIII

Cuando tengamos que visitar á muchas personas, con el objeto de pagarles visitas de felicitacion, pésame, etc., lo haremos luego que haya pasado el período de recibirlas, con la mayor prontitud que nos sea posible. No es dable indicar para esto un determinado número de dias, por cuanto él dependerá siempre de la extension de nuestras relaciones y de otras circunstancias particulares que no pueden preverse; pero no es ménos cierto que sería una muestra de desatencion y poco afecto, el diferir una de estas visitas por un espacio de tiempo que la hiciera distar demasiado de aquella que la ocasiona.

XXIX

Si ántes de espirar el término en que un amigo deba hacernos visita por cualquier motivo, perdiera él un miembro de su familia ó experimentare cualquiera otra desgracia, le haremos nuestra visita de duelo, de pésame, ó de sentimiento, prescindiendo enteramente de la que él nos debe.

XXX

Las visitas de presentacion y de ceremonia, y todas las demás visitas con excepcion de las de negocios, cuando son de etiqueta ó de poca confianza, se hacen de las doce del dia á las cuatro de la tarde; prefiriendo en lo posible las horas de la una á las tres para las de presentacion, las de ceremonia y todas las que sean de etiqueta, y las horas de las doce á la una y de las tres á las cuatro para las de poca confianza.

XXXI

Las visitas de confianza, con excepcion de las que sean de negocios, se hacen generalmente de noche, ó bien á las horas indicadas en el párrafo anterior, prefiriendo en lo posible para las de mayor intimidad, las horas de las doce á la una y de las tres á las cuatro. Las visitas de poca confianza suelen tambien hacerse de noche, segun las circunstancias que las acompañan.

XXXII

Abstengámonos de visitar á las personas que viven de una profesion ó industria cualquiera, en las horas que tienen destinadas al trabajo, cuando nuestra visita no tenga por objeto el tratar sobre alguno de los negocios en que se ocupan. Pueden, no obstante, ocurrir casos en que nos sea lícito quebrantar esta prohibicion; mas entónces deberemos tener presente lo que sobre esto quedó establecido en los párrafos II y III del cap. 4º

XXXIII

Ántes del almuerzo toda visita que no tenga por objeto el tratar sobre un negocio urgente es inoportuna aun entre gentes que se tratan con íntima confianza. La mañana está destinada al aseo y arreglo de las personas y de las habitaciones, y á otras ocupaciones domésticas que son enteramente incompatibles con la atencion que exige siempre una visita.

XXXIV

Las visitas á horas de comer son casi siempre inoportunas, y apénas son excusables entre personas de mucha confianza, las cuales deberán evitarlas, en cuanto sea posible, aun cuando no sea mas que por la razon indicada en el párrafo XIII del artículo 5º.

XXXV

Así, cuando al entrar á una casa advirtamos que las personas que solicitamos están en la mesa, nos retiraremos inmediatamente, sin quedarnos nunca á esperarlas de un modo visible, pues esto turba la tranquilidad de que debe gozarse siempre en tales momentos.

XXXVI

Evitemos, en todo lo posible, hacer visitas á personas que han pasado la noche en vela, á las que

preparen en su casa un festin, y á las que estén íntimamente relacionadas con enfermos graves, con familias afligidas, ó con personas que por cualquiera otro motivo debamos suponer necesiten de su asistencia.

Las leyes y la opinion.

(FABULA.)

Patíbulo un mquarca
Impuso al desaffo,
Considerando el crímen
Como nefando, impío;
Y en nada tal pragmática
Los retos evitó:

Poco despues, en burro
Hizo marchar montados
A todos los retantes
Y á todos los retados,
Y consiguió el ridículo
Lo que el cadalso no.—

Quién fué ese rey, lo ignoro;
Mas sé que en vano á gritos
Dije la ley tronando:
«Cadalso á esos delitos.»
Si es á la ley obstáculo
El general sentir:

Al hombre que en sus humos
Cadalsos desafía
Cuando la ley le pena
Y el mundo le amnistia,
Mas que mover á lástima,
Le arredra hacer reir.

La criada sisona.

(FABULA.)

Al amo listo, avisado,
Nunca le engaña el criado.—

Hizo comprar D. Andrés
Tres libras de carne á Inés,
Y como faltáran dos,
Exclamó: «bueno por Dios!
¿Dos libras de sisa en tres?»
Ella echó la culpa al gato;
Y él, por ver si era comedia,
De una balanza en el plato
Puso al gato..... ¡y el ingrato
Solo pesó libra y media!

CULPA Y ENMIENDA.

En un delicioso convento, situado casi extramuros de Madrid, allí es donde ha pasado algunos de los primeros años de su vida, la que cuenta esta historia.

Hay ciertamente colegios mas brillantes y de mas fama; casas donde puede recibirse mas extensa educacion, mas á la moda; pero yo dificulto que se pueda hallar una, donde las niñas estén mejor cuidadas, tratadas con mas bondad y dulzura, y donde se sepa hacer mas fácil y agradable la observancia de los cortos deberes que se imponen á la niñez.

La primera vez que me hablaron de ir al convento, confieso que temblé de piés á cabeza, y el dia en que despues de haber abrazado á mi mamá, sentí cerrarse en pos de mí la verja del locutorio, cuando me ví sola entre aquellas mujeres vestidas de negro, me creí enterrada viva; así es que lloré, y lloré de tal manera, que todas mis compañeras no pudieron consolarme. ¡Y la noche! qué larga me pareció en aquel gran dormitorio, acostumbrada como estaba á dormir en la alcoba de mi madre. ¡Y por la mañana! cuando eché de ménos la sonrisa con que era recibida al abrir los ojos. Ah! debo confesarlo, los tres ó cuatro primeros dias, me parecieron muy crueles.

Pero poco á poco fui notando que era objeto de la mas tierna solicitud, me sorprendí al verme tan agasajada por mujeres desconocidas: encontré por

la mañana una agradable acogida, por la tarde una buena y franca amistad, por la noche buenos consejos y un trato tan dulce y tan maternal, que á pesar de ser una niña, me hizo una profunda sensacion, y apénas habian pasado ocho dias, cuando ya quería el convento y á aquellas religiosas que me habian metido tanto miedo al principio.

Entre aquellas buenas y estimables señoras, cuyo recuerdo no me abandonará jamás, se hallaba una, la decana por cierto, tan respetable por sus virtudes como por su edad avanzada; tenia encargo particular de cuidar de nosotras en las horas de recreacion, que pasábamos por lo regular en un risueño jardin. Hacia mucho tiempo que aquella buena mujer no se inquietaba por los acontecimientos exteriores, y lo único que podia turbar su vida tranquila y apacible, era la caida de una, la indisposicion de otra ó la terca porfia de alguna de nosotras. Se llamaba *Nicolasa*, pero nosotras, picarillas, la llamábamos *la madre Nicolasa*, y estoy segura de que su nombre será grato á la memoria de las que se han educado en aquella casa.

Un dia se trataba, si mal no me acuerdo, de una manzana verde que habian dejado caer maliciosamente de un árbol: una de nosotras cometió una falta muy grave, echó una mentira..... é hizo que recayese en otra el castigo de su culpa! Al otro dia nada fué mas fácil que convencer á la culpada, y la madre Nicolasa que descubrió la falta, quiso dar un ejemplo terrible, é impuso un castigo, que hará juzgar de la severidad de aquellas excelentes maestras: condenó á la delincuente á..... tener puesto todo el dia su gorro de dormir.

Preciso fué á nuestra pobre compañera asistir á la misa, á las clases, á las comidas y á la recreacion, cubierta la cabeza con aquel gorro bien blanco y con guarnicion de muselina, que todas las noches nos poniamos al irnos á acostar. Este castigo singular produjo un grande efecto entre nosotras: en vano intercedimos todas por la pobre Luisa, la madre Nicolasa se mantuvo inflexible, pero como nunca allí trascurre una noche sin reconciliacion, por la noche ántes de la oracion, la maestra que se habia visto obligada á castigar, venia á conceder su perdon, precedido de un sermonecito, cuya conclusion indispensable era pedir á Dios que Él quisiese tambien perdonar.

Todo sucedió segun costumbre, y la buena Nicolasa, despues de haber abrazado á la pobre arrepentida, nos dijo: no sabeis, hijas mias, las desgracias que puede ocasionar la mentira mas leve. En vuestra edad creéis no hacer daño ninguno, y sin embargo, podeis acordaros de aquella fábula del pastor que gritaba, ¡al lobo, al lobo! para hacer venir á sus compañeros y burlarse de ellos en seguida. Les dió este chasco muchas veces y le parecia una diversion; pero un dia el lobo vino de veras á atacar su rebaño, y esta vez en vano gritó, porque nadie se meneó de su puesto: creyeron que les engañaba otra vez, y estuvo á pique de ser devorado. Por otra parte, hijas mias, lo que tal vez uo sea peligroso en la infancia, traerá terribles consecuencias cuando seais grandecitas, y os halleis en el mundo. Si contraeis desde ahora la costumbre de mentir, aun en chanza, la conservareis, y mas adelante sereis castigadas de un modo bien cruel.

Todavía es temprano, y ántes de la oracion, en la que nos uniremos todas de espíritu y corazon para obtener el perdon de esta pobre niña, quiero contaros una historia que os hará conocer el peligro que hay en ocultar la verdad.

Yo no he sido siempre religiosa, queridas niñas, yo tambien como vosotras he sido mimada por mis buenos padres. Mi padre, que se quedó pronto viudo, concentró en mí todo el cariño que habia tenido á mi madre, y no quiso abandonarme; se encargó de mi educacion, queriendo cuidar por sí solo á la niña en que cifraba todas sus esperanzas.

Mas ¡ah! bien pronto se vió atacado de un mal gravísimo, y como alivio y distraccion, le mandaron viajar. Partimos para Italia y nos fijamos en Turin.

Estábamos allí ya hacia algun tiempo, y mi padre, que estaba bienquisto con lo que se llama la alta sociedad, me llevaba siempre consigo, ¡á mí,

que tenia entónces diez y seis años! Yo habia visto ya en muchas casas un hombre jóven todavía, de aspecto frio y severo y porte noble y grave, que nunca tomaba parte en los placeres de las tertulias. Nunca se habia manifestado en sus labios la mas leve sonrisa; miraba jugar y se acercaba tambien á las tandas de bailarines, pero ni las suertes dichas ó fatales del juego, ni las demostraciones estrepitosas de nuestra alegría, conseguian desafiugar su frente pensativa.

Una noche que me hallaba en una de las brillantes reuniones de la marquesa Rossi, oí anunciar al conde de Palfi; mis ojos se volvieron hácia la puerta, y ví entrar cabalmente al hombre cuya fisonomía me habia chocado. A su aspecto empezó un sordo mummulo en toda la asamblea. Se adelantó hácia la dueña de la casa, la saludó inclinándose profundamente, hizo con gracia varias señas con la mano á algunos personajes, y se retiró á un rincón de los salones. Yo no sé por qué, pero aquel hombre llamó toda mi atención aquella noche: sea que bailase, sea que me entretuviese con las jóvenes de mi edad, yo no le perdía de vista un solo instante, y con gran asombro mio, no le ví responder á las preguntas ó cumplimientos que le hicieron, mas que por ligeros signos, sin que una palabra saliese de su boca. En vano muchas señoritas fueron á hablarle; en vano le propusieron sentarse á las mesas de juego ó aceptar algunos refrescos; no pudieron sacar de él mas que algun gesto ó ademán político, que por lo demás respondia bien á lo que se le decia.

Una conducta tan extraordinaria picó vivamente mi curiosidad juvenil, y quise saber quién era aquel personaje misterioso, cuyo silencio y calma me parecían tan incomprensibles. No sabia cómo lograr mi deseo, cuando vino á sentarse á mi lado una señora de Turin, que me habia manifestado mucho cariño en las reuniones donde soliamos encontrarnos.

—Dios mio, señora, la dije yo, tened la bondad de decirme si aquel caballero es mudo.

—¿Cuál?

—Aquel que está junto á la ventana y nunca habla palabra.

—Es el conde de Palfi.

—Ya lo sé: he oido pronunciar su nombre cuando ha entrado; pero sus modales me han llamado la atención, y esta mudez obstinada, de parte de hombre que parece bien educado, es muy extraordinaria.

—¡Cómo! replicó la señora con aire asombrado, ¿no sabeis su aventura?

—No, señora: he llegado hace poco á este país y no sé qué motivos tenga para obrar de ese modo.

—Venid á aquel balcon donde podemos respirar un aire mas fresco, y yo os diré quién es el conde de Palfi.

Así que estuvimos solas, empezó á hablar en estos términos.

El conde de Palfi, siendo muy jóven, heredó un título y un inmenso caudal, que le hicieron ocupar en el mundo un rango poco comun. Vivo, ardiente é impetuoso, se arrojó con delirio en el torbellino peligroso que en el mundo se llama el placer. Fué rodeado bien pronto de una caterva de jóvenes, tan atolondrados como él, que no pensaban mas que en divertirse. Entre todos ellos distinguió particularmente á uno llamado Andrés, hijo único de una familia noble; su carácter alegre, sus modales francos y leales hicieron nacer entre él y Palfi una amistad verdadera. Nunca se separaban; placeres, peligros, buena ó mala fortuna, todo era comun entre los dos. A cualquiera de ellos que se hiciese un beneficio, se podia contar con dos amigos agradecidos; así como si se ofendia á uno de ellos, habia que temer á dos enemigos irreconciliables.

El conde tenia excelentes cualidades, era valiente, generoso, lleno de honor, y sin embargo, arrebatado por un espíritu vivo y brillante, y por la aprobación que obtenian en el círculo de sus amigos las anécdotas que contaba con gracia y facilidad, no tenia escrúpulo en inventar, ó al ménos añadir mucho de su cabeza á estas historietas, en las que no guardaba miramiento con nadie.

Ya lo veis, queridas niñas, este hombre tan íntegro y de tanta delicadeza en lo que toca al honor, no creia hacer daño diciendo mentiras de que todo el mundo se reia; mas pronto fué cruelmente desengañado.

Cierto dia, en un almuerzo en que estaban reunidos varios amigos, el conde contó una historia, muy maligna, acerca de una señora de la ciudad; se rieron mucho y Andrés la encontró tan divertida, que fué en seguida á contarla á otra casa. Por desgracia se hallaba allí, sin que él lo supiese, un pariente de la dama, y apénas habia concluido su relacion, cuando recibió de aquel caballero el mas enérgico *mentis* que sea posible imaginar.

Reina todavía entre los hombres una costumbre bárbara, una preocupacion feroz que exige que tales injurias se han de vengar con un desafío; es decir, un combate á mano armada, donde para probar que se tiene razon, se procura matar al contrario, lo que sin embargo solo prueba que se tiene mas destreza ó mas fortuna. En consecuencia, hubo desafío entre Andrés y el pariente de la dama. Este era un antiguo militar que tenia gran superioridad en el manejo de la espada, así es que á pocos momentos de combate el desdichado Andrés cayó pasado de una estocada. El conde de Palfi, que supo el motivo del desafío, corrió á ponerse en lugar de su amigo, porque conocia que él solo tenia la culpa; pero ¡cuál es su consternacion y su dolor al encontrar á Andrés espirando! ... Furioso quiere vengarle, y atacando con rabia al que él llama su asesino, le hiere en el corazon y queda él mismo herido tambien! ¡Hé aquí cómo una mentira ligera en apariencia causa la muerte de dos hombres! El dolor que le causaba su herida y aun todavía su desesperacion, dejaron al conde durante algun tiempo en un estado completo de delirio; llamaba á Andrés, se acusaba de su muerte y queria morir tambien. El mucho cuidado que tuvieron con él, fué lo que le volvió á la vida; pero así que recobró su juicio, hizo venir á un sacerdote y delante de un crucifijo, puesta la mano sobre el Evangelio, exclamó:

—Puesto que mis palabras dan la muerte, y mi fatal manía de faltar á la verdad ha causado tantas desgracias, yo juro delante de Dios, que nunca jamás una sola palabra saldrá de mi boca: en expiacion de mi falta, yo me condeno á eterno silencio.

Cuando yo le ví, ya hacia diez años que habia hecho este juramento: en vano habian procurado sorprenderle; en vano le habian acechado en aquellos instantes en que creyéndose solo, pudiera haber proferido algunas palabras; nunca se oyó el sonido de su voz. Posteriormente he sabido que habia muerto mucho tiempo despues, sin faltar á su promesa.

Ahora, queridas niñas, ¿comprendeis bien el peligro de mentir, aunque sea en chanza? Yo bien creo que vuestras mentiras no tendrán consecuencias tan funestas; pero aunque no fuese mas que obligaros á callar toda la vida, ¿no os parece que seria una gran calamidad para vosotras que sabeis hablar tan lindamente?

Escuchadme: cuando os acometa el mal deseo de no decir la verdad, acordaos del conde de Palfi, é imponeos solo por una hora, el castigo que él se impuso por toda la vida. Ahora, pidamos á Dios que no nos exponga á tan dura necesidad.

Tal es la historia que nos contó la madre Nicolsa; produjo su efecto, porque en todo el tiempo que aun estuve en el convento, nunca ví á una de nosotras que se condenase siquiera por un cuarto de hora al silencio, y por el interes de todos los niños y niñas, he creido necesario contar esta historia. ¡Ojalá pueda serles útil!

El motin.

(FABULA.)

*Para cada insurreccion
En que los hombres se batan
Por cosas que ideas son,
Hay catorce en que se matan
Por una mera ilusion.—*

Hubo motin en Sevilla;
Y uno de feroz patilla
Que la grey acaudillaba,
«No hay salvacion exclamaba,
Si no cae la camarilla.»
—«¿Quién es ella, voto á tal?»
Preguntóle un tal por cual;
Y contestó el de la grey:
«Una sobrina del rey,
Que le aconseja muy mal.»

El raposo médico.

(FABULA.)

Fama ilustre tenia entre las fieras
Cierta raposo, médico ilustrado,
Curandero notable en alto grado
De todas las sorderas y cojeras.
Un leon, sordo ya de puro gordo,
Llamóle, al verse cojo por travieso;
Y hallóse con que el médico aunque tieso,
Cojeaba más que él, y era más sordo.
—«Pues tiene la empanada buen repulgo!
Dice el leon al zorro: ¿cómo ó dónde
Conquistaste tu fama?»—Y él responde:
«*Qué quiere usted, señor! ¡cosas del vulgo!*»

EL PATO OBEDIENTE.

José entró una noche en la sala de recreacion donde unos niños estaban reunidos, y colocando una palangana llena de agua sobre la mesa, les dijo:

—Venid á ver este pato, cómo hace lo que yo digo.

Agolpáronse niños y niñas formando corro alrededor de la mesa, y José, sacando un patito muy mono, blanco y con pintas negras en las alas, le colocó en la superficie del agua. El pato era de cristal y estaba hueco, por lo que se sostenia y andaba muy bien sobre el agua, sin ladearse, porque un plomo que llevaba pegado debajo, le hacia estar derecho y en actitud conveniente. Despues cogió una miga de pan, y poniéndola en la punta de una varita, se la enseñó al pato diciéndole:

—Toma ese poquito de pan, ¡vamos á ver si te gusta!

Inmediatamente y con gran sorpresa de los niños, el pato se vino derecho á la miga de pan, como á cogerla con el pico; y como José de propio intento fuese retirando la varita con la miga, el pato iba siguiendo todo alrededor de la palangana, manifestando el mayor empeño por cogerla y saciar su apetito.

—¡Hola! dijo José. ¿Parece que te gusta el pan? Pues ahora veremos si esto te gusta tambien.

Al decir estas palabras, puso al otro extremo de la varita un poquito de estopa, presentándosela al pato, que permaneció inmóvil y desdefioso, y conforme José le iba acercando la estopa al pico, iba retrocediendo dando á entender la repugnancia que aquel manjar de nueva especie le causaba.

Los niños se divirtieron largo rato con esta manobra, cuya causa no comprendian, pues José habia tenido buen cuidado de ocultarles el iman y el hierro que habia en los extremos de la varita y en el pico del pato, y además no tenian estudios para saber que estás dos cosas puestas en contacto, se atraen por los polos opuestos y se rechazan por los polos semejantes.

Tuertos y bizcos.

(FABULA.)

Un tuerto se reia
A un bizco viendo,
Y el bizco se burlaba
Al ver al tuerto.

*Al estribillo:
La humanidad es toda
Tuertos y bizcos.*